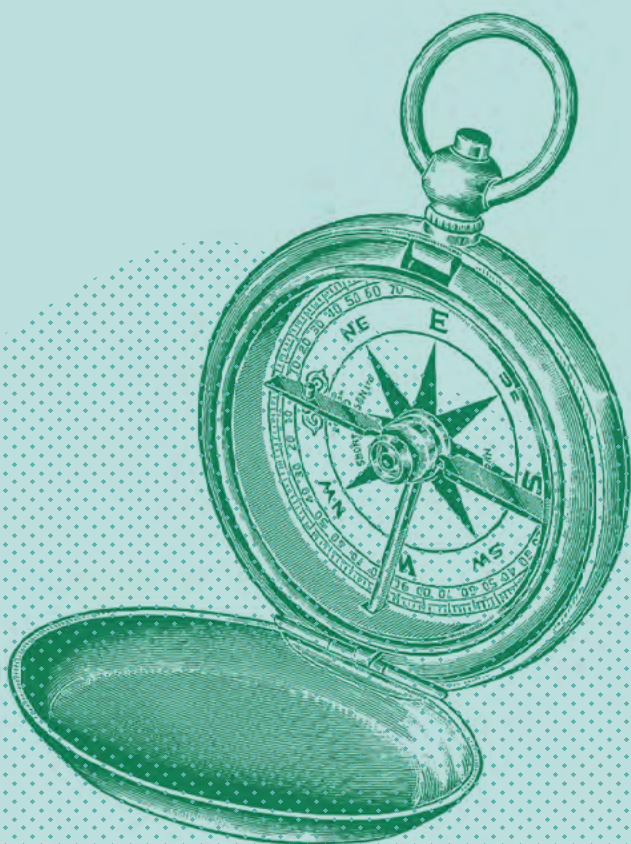


# Seguir el viento,

dar la mano



Carolina Sánchez

---

**N**inguna de ellas durmió bien pensando en el viaje. La noche anterior, Sofía había salido al jardín de su casa en la ciudad, donde tenía su altar privado, y prendió una vela en medio de la oscuridad como señal de agradecimiento. Sonrió. Guardó su voz. La necesitaría el día siguiente para ofrecerles a ellas sus palabras, para acompañarlas y para que la acompañaran de vuelta. No era su primera vez, pero este viaje significaba otra cosa. Eran 72 mujeres. Las primeras tomarían un avión desde Bogotá y las segundas irían en el Expreso del sol. A 40 kilómetros de distancia, en la sabana de Bogotá, imagino a Lucrecia despedirse de sus trece hijos y darle las instrucciones a la mayor sobre el riego del cultivo. La imagino salir, en medio de la oscuridad, para despedirse de Pepino y consentir el lomo frío del ternerito que apenas tenía un par de semanas. Imagino al grupo de mujeres, en la mañana helada de Cajicá, lanzando gritos al cielo cuando ven aparecer los dos buses entre la niebla. Todavía no se pueden ver las montañas aguamarina de la Cordillera Oriental de los Andes al fondo de la sabana, ni los cultivos que van tejiendo la tierra y los pequeños lagos en parcelas irregulares. Ninguna de ellas, y ninguna de las mujeres bogotanas que se despedían de sus familias en la ciudad, se hubiera imaginado un par de meses y años atrás lo que estaban a punto de hacer. Era el año 1968. En medio de un país dividido por el bipartidismo político y con una guerra civil alimentada del antagonismo entre campo y ciudad, un grupo de mujeres campesinas y bogotanas había fundado la Escuela Rural Femenina en el Molino de la Florida. Viajaban juntas a conocer el mar por primera vez.

La historia causó tanto extrañamiento que salió en el periódico *El Tiempo* el 30 de octubre de 1968, junto con una foto de las mujeres posando frente al avión de la Fuerza Aérea Colombiana. El periodista que cubrió la noticia se hace las siguientes preguntas: “¿quiénes son esas campesinas? ¿por qué se van para la Costa? ¿quién les financia el viaje?” Y basado en los testimonios de las mujeres, empieza a contar la historia de la formación de la Escuela Rural Femenina en la casa de Sofía Koppel, en el Molino de la Florida de Cajicá, en

---



**Fotografía 1** ~Las 72 mujeres cajiqueñas llegan a Santa Marta en 1968, era la primera vez que iban a conocer el mar, los viajes a la costa se repitieron durante varios años con diferentes grupos de señoras que asistían a las clases del molino de La Florida en cajicá. En la foto María Fernández, Ascensión de Castro, Helena Bello, Cecilia Venegas, entre otras, descendiendo del avión de la FAC. (Foto cortesía álbum de Leonor Rodríguez).

1954. Cuenta cómo los paseos en bicicleta que hacían Sofía y su esposo por las veredas, cuando iban a descansar a Cajicá, les mostraron las duras condiciones en las que vivían los campesinos de la zona. Habla sobre las 300 mujeres de Cajicá, Zipaquirá y Cogua, que llegaban a pie y en bicicleta cada miércoles a la cita de las dos de la tarde en el Molino, donde las esperaban las

mujeres que venían desde Bogotá con materiales y algunas clases preparadas. Iban mujeres viejas, casadas, viudas y jóvenes. Algunas traían la ropa húmeda del rocío de la sabana. Allí tomaban clases de geografía, costura, historia, lectura y escritura, puericultura y car-

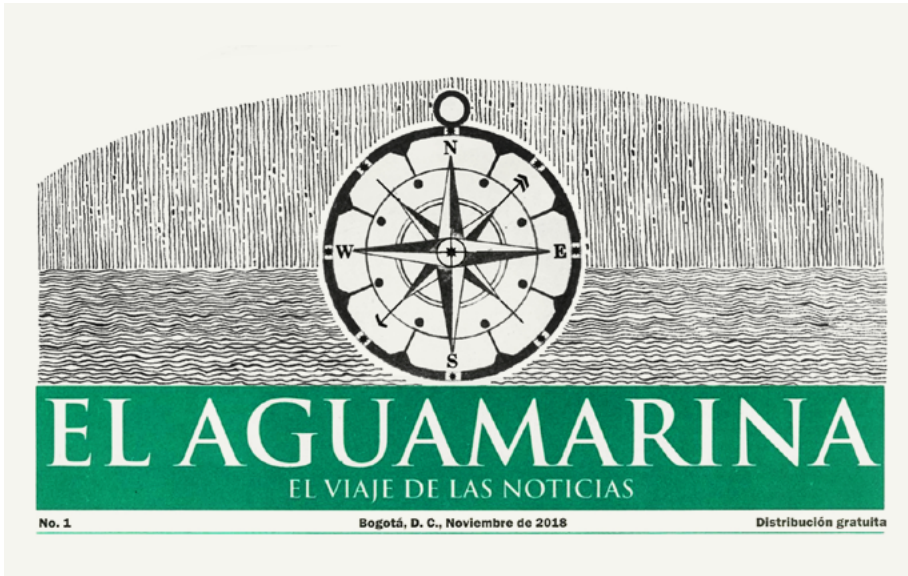


pintería. Para ir al mar, trabajaron durante meses y vendieron artesanías y productos agrícolas, canastos y tapetes. Se hicieron sus propios vestidos de baño.

La Escuela Rural Femenina contribuyó a la construcción de nuevos vocabularios e imaginarios sobre las relaciones que hacen la vida posible entre el campo y la ciudad. Es el relato de una vida sostenible en ambos territorios, que hace explícita su conexión y mutua dependencia. A partir de sus saberes tanto campesinos como ciudadanos, ambos grupos de mujeres trabajaron conjuntamente, no solo para conocer el mar por primera vez, sino para transformar y darles una mejor calidad a sus vidas a un nivel íntimo y colectivo. Fundaron relaciones de cooperación de género entre distintos sectores y clases sociales, superando binarismos y bipartidismos. Lograron pactos de

cuidado, convivencia y buen vivir entre los territorios del campo y la ciudad. Esta historia de cooperativismo permite ver que es posible un futuro sostenible en el que la ciudad no violenta al campo ni la guerra se alimenta de él.

El artista plástico Carlos Baena Echeverry, recupera esta historia en su obra *El Aguamarina*, un periódico que publicó en 2018 con fotos del viaje y la escuela, crónicas, entrevistas, y un aguafuerte suyo como cabezote. Esta obra está basada en un proceso de investigación-creación que tituló *El mar cambia*. Carlos entrevistó a algunas de las viajeras, ya octogenarias, y les preguntó por sus recuerdos. Algunas sacaron sus álbumes con fotos separadas con papel mantequilla y le mostraron imágenes de las clases en los jardines del molino. Allí se ven las mujeres haciendo canastos guiadas por la memoria de la tierra, que guarda saberes indígenas en la cultura popular.



Una de ellas tenía el recorte del periódico *El Tiempo* con la noticia del viaje al mar. En otras fotografías aparecen en la Zona Cafetera aprendiendo a cultivar café, manual en mano, durante uno de los viajes. Varias de estas mujeres viven todavía en el pueblo de Cajicá, otras viven en las veredas, y otras en Bogotá. Algunas hicieron sus propios negocios, como Erminda, que tiene un cultivo con más de 1.500 lechugas que ella misma le ayuda a desyerbar a su socio que las comercializa. Antes de despedirse de las señoras, Carlos las invitó a dibujar peces marinos para incluirlos en el periódico, como parte del archivo de esta historia. Luego imprimió el periódico en la Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo, en Yerbabuena, a medio camino entre Bogotá y Cajicá.

Es la primera vez que estoy en su taller, en el barrio 7 de Agosto, y Carlos me muestra las máquinas antiguas de impresión que él mismo entinta para hacer los libros de Amapola Cartonera. Carlos hace parte de una red de artistas y editores latinoamericanos que hacen libros artesanales con cartón reciclado. Editan tanto autores clásicos como libros escritos por vecinos, e incluyen actividades colectivas en el proceso de realización o circulación del libro, como sesiones de pintura colectiva de las carátulas. En respuesta a las crisis políticas y a la precarización de las condiciones de vida en los distintos contextos latinoamericanos, las editoriales cartoneras hacen de la cultura un espacio de encuentro para compartir placeres y deseos, tejer redes,

intervenir los espacios públicos y generar transformaciones sociales. Cuando salgo de la casa de Carlos, aprovecho para ir a la plaza de mercado del 7 de Agosto a buscar aromáticas y frutas. Paso por los puestos donde todavía se venden canastos, butacas y muebles de madera hechos a mano, como los que hacían las mujeres en el Molino de la Florida. Pienso en las huellas del campo en la ciudad y en mi abuela, que venía a esta plaza cuando era niña a comprar cucharas de palo de naranjo.

La pregunta se mantiene: ¿cómo pueden cohabitar el campo y la ciudad sin los vínculos de violencia impuestos por la ciudad? En el caso de esta historia, la violencia se hace palpable en la desposesión y la marginalización de los campesinos de Cajicá sobre derechos como la educación, la salud, el trabajo y la tierra, que contribuyen a hacer del campo una periferia. Para construir un nuevo imaginario que permitiera otras relaciones entre estos dos territorios, las mujeres de la Escuela Rural Femenina usaron sus saberes de formas alternas al modelo de modernización y progreso que estaba en curso. Desarticularon una serie de oposiciones y jerarquías que alimentan el falso antagonismo entre el campo y la ciudad como naturaleza y cultura, “cultura letrada” y cultura popular, saberes teóricos y saberes prácticos.

A pesar de que los testimonios sugieren que la escuela era una obra social de las mujeres bogotanas para ayudar a las mujeres campesinas, las mujeres ciudadinas también se estaban ayudando a sí mismas, pues recibían la ayuda de las mujeres campesinas. La escuela funcionaba como una cooperativa de trabajo: mientras las mujeres campesinas aprendieron nuevos oficios y pudieron contribuir a la economía de sus casas, las bogotanas pudieron poner en práctica algunos conocimientos que habían adquirido en la ciudad, y aprendieron, a su vez, saberes indígenas y populares. Esta colaboración les permitió a ambos grupos ingresar a nuevas esferas sociales y políticas. Como cuenta Alejandrina Barrios, varias encontraron amenazas y resistencias a su labor por parte de sus maridos, de instituciones y también por los prejuicios hacia las mujeres que se mantienen hasta hoy. Sin embargo, juntas se apoyaron para poder continuar y para cambiar esas historias. Se dieron la mano para generar cambios y transformaciones sociales con implicaciones simbólicas, culturales y materiales, como se ve en el caso de Mercedes Galeano de Bello, quien además de usar lo aprendido para hacer el

---



**Fotografía 2** ~ Las clases también se tomaban en improvisados salones al aire libre, en la foto, esta clase de geografía armoniza con el tibio sol de la sabana, mientras la profesora –tal vez– ilustra sobre algún lugar de Colombia previo a uno de los viajes de las campesinas. (Foto cortesía Fundación Pardo Koppe).

mueble de su propia biblioteca y conseguir donaciones de libros a través de cartas, presentó una ponencia en El Congreso Femenino de 1967, en el Capitolio Nacional, en defensa de los derechos de las mujeres campesinas.

Cincuenta años después, la ciudad se expande sobre el campo creando nuevas fronteras, y la migración del campo a la ciudad crece



a un ritmo acelerado. Ambos territorios, como señala Gisela Heffes, están conectados por un flujo que se llama mercado. En otros países se consume lo que se produce y extrae de los territorios rurales, donde los habitantes se hacen cada vez más pobres. El turismo se ha convertido en otro tipo de industria extractiva a la que no pueden acceder la mayoría de colombianos. Cincuenta años después, busco el Molino. Mientras camino por la vereda, veo que quedan pocas casas con paredes de bareque. Carlos me había contado que la escuela se convirtió en una fundación de educación técnica y se trasladó a Chocontá en 2017. El espacio ha sido transformado. Ahora, el Molino de la Florida es un conjunto de casas privadas, rodeado de alambres, porterías y cámaras de vigilancia, donde viven familias que en su mayoría trabajan en Bogotá. Adentro tienen lagos, bosques, campos de golf, lugares para aterrizar aviones. La hipervigilancia y el disfrute exclusivo de “la naturaleza” ha cerrado las puertas a la cooperación. Pienso en la dispersión de las personas que vivían aquí antes. Me pregunto si la ciudad se tragará a Cajicá y convertirá el pueblo en un barrio más, como pasó con Suba, Usme o Usaquén. Pienso que la historia del Molino de la Florida es importante porque muestra que hay otras formas de habitar este espacio. Seguir el viento del Molino permite ver otros pactos posibles. Recorro el camino de tierra de regreso, y pienso que en alguna de estas veredas pasó mi abuelo la infancia, rodeado de geranios, en una casa que ya no existe.

## Referencias

Baena Echeverry, Carlos. *El Aguamarina*, no. 1, 2018, pp 1-12.

Heffes, Gisela. “Ecocrítica: las humanidades ambientales. Un diccionario para hablar de la ‘naturaleza’.” *Revista Anfibia*, <http://revistaanfibia.com/ensayo/diccionario-hablar-naturaleza/>. Consultado el 12 de febrero de 2021.

\* Agradezco a Gloria Morales y a Christian Vásquez por sus comentarios durante la escritura de este texto.